

PEDRO VILLALAR

Samuel Hadas

Las necrológicas de ayer reseñaban la desaparición física de dos personajes clave de la transición española, Antonio Fontán y Samuel Hadas. A aquél, eminente liberal y luchador por la libertad democrática, ya se le han dedicado los merecidos panegíricos que rubrican su ejecutoria. La desaparición de Samuel Hadas, en cambio, ha pasado más inadvertida; él fue un personaje tan sinuoso como brillante, que jugó a la perfección el papel de puente entre Israel –y lo que el Estado judío representa en la geopolítica mundial– y la joven democracia española. Hadas se introdujo con sutileza en la sociedad española, tras haber llegado casi subrepticamente a Madrid como delegado de su país en la Organización Mundial de Turismo, aunque con la secreta misión de auspiciar las inexistentes relaciones diplomáticas entre Israel y España. Quienes lo conocimos, nos embelamos con la vasta cultura de aquel ser superior, que gestionó con incomparable destreza aquella tarea de seducción y acercamiento que culminó cuando en 1986 logró ser el primer embajador de su país en España. Muchos políticos y periodistas de la época anclamos nuestro afecto hacia Israel en la bonhomía de aquel personaje, que enarboló como nadie la idea de que la paz en el Próximo Oriente requería más inteligencia que pasión, más democracia que estrategia, más humanidad que fanatismo.